

NOTITAS PORTUGUESAS

I

EN LISBOA

Cuantas veces vengo aquí, otras tantas me llevo la impresión de que nada efectivo y real nos separa á españoles y portugueses; de que somos un pueblo mismo, una misma raza, es decir, que de razas en otro tiempo pobladoras del suelo ibérico, descenden igualmente los extremeños y los portugueses de *alem Tejo*, los gallegos y los portugueses riberanos del Miño. —Por qué razones se separó Portugal de España y quiso ser independiente, mientras Aragón ó Galicia se adherían más y más á la nacionalidad española, es cuestión que á primera vista no se resuelve de un modo satisfactorio; hay que leer despacio la historia, y todavía, después de leerla, atribuir gran papel en este fenómeno á la acción de sucesos ignorados, á pequeñas intrigas y á la ambición personal, que fomentó aspiraciones populares y ahondó abismos entre el viejo *Portucale* y las demás regiones de la

UNIVERSIDAD DE REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1900 1825 MONTREUIL, GAC

Península, al fin asociadas bajo el nombre genérico de *España*.

Y fueron España y Portugal, al separarse, como hermanos gemelos y enemigos que todo lo pueden conseguir por medio de un ímpetu fratricida, excepto borrar la semejanza extraordinaria que les denuncia en las venas la misma sangre. El sabio y malogrado escritor portugués Oliveira Martins demostró en su importante libro *Historia de la civilización ibérica* que España y Portugal separados han corrido igual suerte que si continuasen juntos, pues si es fácil realizar la división política y geográfica, es inasequible infundir alma distinta en pueblos que la tienen idéntica y cuyos elementos tradicionales en nada difieren. A un tiempo y por conceptos análogos desempeñaron Portugal y España brillante papel en el mundo; á un tiempo decayeron y murieron también... *Morir* es el verbo que Oliveira Martins emplea, y nadie ha de protestar ya por creerlo demasiado riguroso.

Una ventaja nos lleva Portugal: y es que se resiste algo más que nosotros á dejarse depner yerto y helado en el sepulcro. Portugal desea revivir. Se da cuenta de su atraso, de sus deficiencias, de los peligros que el porvenir le guarda, y ansía ser nación europea, fuerte en su línea, con cultura á la moderna, cosa que nosotros jamás hemos ansiado y que hasta hemos repugnado, en nombre de un falso y funesto casticismo. En Portugal se vive, por decirlo así, más cerca de Europa. Evidente síntoma de

esta vida europea es el conocimiento y fácil manejo de varios idiomas, en España privativo de la *high-life*, y en Portugal extensivo á la clase media más ó menos ilustrada, y no extraño hasta en el pueblo. En cuanto á los españoles, no hablan sino su lengua: son como aquel cura que sólo sabía leer en su misal. Conozco literatos insignes que se jactan de ello, cual si la ignorancia pudiese ser mérito nunca. *No* haber leído autores franceses es diploma que algunos reclaman, y que no les exime de cometer galicismos ni de escribir un castellano duro y pobre. Pero se alaban de su estólida virginidad, y hay quien la cuenta por gloria. Précianse de legos, y contribuyen á que su patria lo sea, y se aduerma, indolente odalisca, recogidos los brazos tras de la nuca, cerrados los negros ojos, dejando correr el tiempo, que no vuelve.

Los portugueses aprenden el francés desde niños. El español lo saben, lo hablan si llega ocasión, pero le hacen poco caso. Comprenden que de España no han de venirles destellos de luz. Nos devuelven y pagan la amodorrada indiferencia con que miramos aquí la literatura y el arte lusitano. Digo *miramos*, pero á cada uno lo suyo: por mi parte, siempre he seguido con interés el movimiento literario de esta España chica que llaman Portugal. Estoy familiarizada con los libros de los mejores escritores actuales, por lo cual debo de haberme ganado nota de fantástica y antojadiza. A Madrid, en efecto, van Compañías dramáticas italianas y Compañías francesas, y el público llena el tea-

tro; pero en actores portugueses no se piensa. ¿Quién diablos ha de abonarse para oír declamar *en gallego*?

A su vez, los portugueses se han plantado en las traducciones de Pérez Eserich. Los escapates de las numerosas y bien surtidas librerías lisboenses, atestados de obras inglesas y francesas, italianas y alemanas, apenas muestran, vergonzante y corrido, algún título español. Se diría que nos separan de Portugal miles de leguas. Y es que nos separa algo que aísla más que la distancia: la frialdad, el desvío, el convencimiento de que, tal cual estamos, no sacáramos nada en limpio con tratarnos íntimamente. Somos como esas familias que viven pared por medio y al encontrarse en la calle ni cruzan saludo. Al Congreso de la Prensa ahora celebrado en Lisboa, concurrió *un* solo representante español; en esto estamos á la altura de la República del Transvaal, también representada unipersonalmente en dicho Congreso.

No ocultemos nuestras flaquezas de literatos. Sentí profunda pena al ver que tantos portugueses conocen mi nombre..., por mis trabajos de colaboración en la *Revue des revues*, trabajos que á veces, por miedo á traductores pésimos, redactó en francés. En cambio experimenté alegría pueril, rejuvenecedora, al encontrar en Portugal alguien que lee mis crónicas como *el árabe lee el Korán*... Descontemos la hipérbole inspirada por la cortesía, y aún quedará bastante para servirnos de consuelo.—Y el que no se consuela es porque no quiere.—

¡Sería tan triste creerse desconocido en un país que miramos con predilección!

Ya han corrido años desde que por primera vez hojeé el poema de Camöens á bordo de un barquichuelo que seguía la corriente, entonces apacible, del Tajo. Todos mis viajes á Portugal me hacen evocar un cuadro de marina, un maravilloso fondo azul ó verde glauco, la extensión de la espléndida bahía. Ya es la salida á bordo del *Ville du Havre*, á la hora en que el sol descende tiñendo el oleaje de púrpura; ya la torre de Belén, primoroso relicario de piedra, joyel gótico digno de conservarse en una vitrina—destacándose sobre un mar nacarado, de ópalo, á la luz de la aurora;—ya, en la encendida noche de Cascaes, un agua del tono del estaño en fusión, que por momentos, con mágica viveza, el violeta y el anaranjado de los árboles de fuego inflamaban convirtiéndolo en lago de cuentos de hadas, de libros de caballerías y encantos. Siempre asoció á Lisboa, en mi imaginación, con alguno de esos espectáculos incomparables en que colaboran la Naturaleza y el hombre. Una bahía como la de Lisboa, una desembocadura como la del Tajo, hacen ellas solas la gran capital, y el polvoriento Madrid, acurrucado en sus estepas á guisa de mendigo castellano envuelto en pardos harapos, jamás se prestará á fiestas y solemnidades.

Además, este clima es un clima edénico. Los días se bañan en oro; en terciopelo turquí se rebozan las noches; la luna, en la placidez de un

ambiente elástico y tibio, tiene una claridad argentina, misteriosa y pura; las plantas tropicales, los pimenteros de Cayena, las majestuosas araucarias, las cañas y los bambúes, vegetan al aire libre; estamos en Octubre, y las mujeres van vestidas de batista y gasa; el cuerpo pide refrescos de hielo, deliciosas *carapinhadas de tangerina*, y la piedra de los monumentos góticos, la torre de Belén, la sorprendente iglesia de los Jerónimos, adquieren al sol cálidas tintas doradas, que recuerdan la tez de los pueblos de la India descubiertos en las audaces empresas de los navegantes del siglo xv. Lisboa es siempre la seductora morena, á pesar de sus tentativas de ataviarse á estilo británico y del sorprendente cambio de sus costumbres.

Estas, en un cuarto de siglo, han sufrido notable y ventajosa transformación. Naturalmente, al transformarse las costumbres, es que evoluciona la mujer. Hará veintitantos años, aún vivía oculta y enclaustrada la portuguesa. La importancia de la ventana ó *janella*, en estos países de tradición semítica, se explica porque la *janella* es el único respiradero de la mujer, el marco de su pálido rostro de reclusa. Así es que en las *janellas* echaron el resto los arquitectos de la época manuelina, é hicieron de ellas camarines, altares, hornacinas de un *rocó* voluptuoso y naturalista á la vez. Hoy la portuguesa ha roto la valla de la *janella* y vive en la *rua*; los celos africanos del varón ya no la tienen en perpetuo encierro; sale sola ó acompañada, toma la *sege*, el tranvía ó el ca-

mino de hierro, visita, regatea, compra. Antaño, sólo se echaban á la calle las viejas, las desechadas, las dueñas haldudas y barbudas que iban á rezongar en las iglesias ó á cumplir los menesteres domésticos, cabás al brazo y sombrilla en puño. Hoy se encuentran en las aceras más mujeres que hombres.

¡Curiosa observación! La libertad ha hermo-seado á la portuguesa, que (no sé cómo decirlo, pues no parece amable) gozaba, en este particular, de una triste reputación, en términos que el donoso y humorístico escritor Ramalho Ortigao dedicó un meditado estudio á investigar las causas de la inferioridad del tipo femenino en Lisboa, y creyó descubrirlas en la escasez de agua y en la contemplación de las anti-tiéticas estatuas de los reyes. En el día, la portuguesa es, por término medio, lo mismo que la española: sí no una belleza escultural, por lo menos una mujer agradable y atractiva.

Para atraer la mirada de un artista, las pescadoras, las aldeanas. Ninguna pasó á mi lado sin obligarme á seguirla con los ojos. Derechas como troncos de pinos marítimos; descalzo el airoso pie, ó calzado con la curva chinela veneciana y oriental; arrolladas las azules sayas y ceñidas en torno á la cadera con la faja oscura, que da á la vestimenta el plegado de un helénico ropaje; gallardamente tocada la cabeza con el bonito sombrero de terciopelo negro, bajo el cual flota el pañuelo y se destacan los enormes aretes de filigrana de oro, estas sardi-

neras, estas ribereñas, son todavía de lo poco pintoresco que queda en el mundo.

En lo que no ha variado Portugal, en lo que no cambian ni Lisboa ni Oporto, es en la afición á las joyas. Se pierde la cuenta de las platerías y tiendas de joyero que se extienden á lo largo de las calles del *Ouro* y de las *Flores*. Medallas, brincos y patenas de dimensiones inverosímiles, descómunes corazones y encomiendas de filigrana, dijes raros, sortijones de médico antiguo, de los que se lucían al tomar el pulso, arracadas que son un pináculo de iglesia, cables áureos del tiempo de Egas Moniz, ¿quién se pondrá todo esto? ¿Las campesinas solamente? ¿Será cierto que llevan su dote al cuello, en los dedos y en las orejas?

Al ver tanto oro, tanta plata, tanto amarillento brillante del Brasil, de nuevo me parece Lisboa una ciudad exótica, parienta cercana de Benarés ó de Nijni Novogorod—un país donde no existen los Bancos, ni se ha introducido el lujo á la moderna, lujo tranquilo, refinado, sólido,—lujo con pantalla y pedal.

II

THOMAR

El quinto Congreso internacional de la prensa, reunido en Lisboa, me proporcionó ocasión de asistir á espectáculos que rara vez brinda la casualidad al viajero. Prestábanse estos espectáculos á observaciones y comparaciones que no omití, y eran inevitables: resumiéndolas diré que en varios respectos, ya nos pone el pie delante hasta Portugal.

Claro es que no lo deduzco de las fiestas mismas. Aquí también somos aficionados á zambras y regodeos, y punto es ese en que no solemos descuidarnos. Lo que noté en ventaja de Portugal fue precisamente la subordinación del festejo á la utilidad de su objeto. No se perdía de vista, por lo general, el fin positivo de tales fiestas, y más aún que sus organizadores, el público tenía muy presente que recibía y obsequiaba á *la prensa*, entidad de la cual, con simpático candor, se empeñaba en hacer un numen.

Cada maestra de entusiasmo, cada ingeniosa idea, cada gasto y cada esfuerzo, quería signi-

ficar algo por este estilo: "Somos un pueblo de reducido territorio y exigua población, por tierra arrinconado, y tenemos á España atravesada en el camino de Europa. No obstante, poseemos, no sólo monumentos y recuerdos gloriosos, sino industria y agricultura, y aspiramos á acrecentarlas. Os traemos, aparentemente, á que admiréis las ruinas de un convento de Templarios, una torrecilla gótica cincelada como fino joyel de pedrería: en realidad, queremos que visitéis nuestras fábricas de papel y de tejidos de algodón, nuestras ganaderías y nuestra exportación vitícola; que conozcáis nuestro tráfico y nuestros intereses de pueblo moderno."

Y para que los demás países del mundo civilizado le otorguen el diploma, Portugal acude á los buenos oficios de la prensa, y abre á la prensa sus brazos de ingenua Selika, tostados por el sol. La fe y la esperanza en la prensa han inspirado manifestaciones extraordinarias: verbigracia, la que presencié en Thomar. Nunca milagrosa reliquia traída de Palestina en la Edad Media pudo ser mejor recibida, ni más venerada y agasajada, que lo fueron los periodistas en la villa del gran maestre Gualdino Páez. Al verse cubierto de flores, pisando juncia y pétalos de clavel, cruzando bajo arcos de triunfo, oyendo tales aclamaciones, vitores tales, algún periodista debió de decir para su colete: "¿Qué hice yo, Dios mío? ¿Qué pecado cometí, que así me endiosan?"

Todavía más significativo que el de la recep-

ción—lo notó el celebrado novelista Julio Claretie, que nos acompañaba—era el cuadro del almuerzo. Antes de pintarlo, conviene que dibuje el escenario, el fondo. Un claustro del maravilloso convento que fue residencia de los Templarios y después de los caballeros de la orden militar de Cristo. En el centro, fuente monumental; á ambos lados de la fuente, las mesas preparadas. Diríase que las amplias arquerías, las gárgolas extrañas, la fontana alta y rumorosa, protestan contra la invasión de la muchedumbre: aquella mole de granito dorado y esmaltado por el tiempo, con tonos de cálida dulzura, ricos é intensos como la coloración de la piel de la naranja, pide suspirando que respeten su soledad.

Ya no sería poco verse invadida por una turba en conjunto indiferente á las bellezas arquitectónicas; pero además esa turba representa la negación de cuanto expresa el convento de Cristo. Verdad que, según la certera observación de Alejandro Herculano, el pasado no puede reñir con el progreso, porque también el pasado fue progreso á su hora; no obstante, si algo de espíritu queda adherido á las piedras que lo simbolizaron, ¡con cuánta repugnancia sustentarían las losas del claustro las mesas del almuerzo destinado á los congresistas de la prensa!

Menos mal el claustro, que al fin es del Renacimiento; pero ¡y el misterioso templo redondo, verdaderamente *templario*, y la peregrina *jannela* donde se enrosca y rétuere el cable ma-

nuelino, sosteniendo delicados pináculos y sirviendo de tema á la flora submarina afligranada y calada por los genios del Océano?—Mientras yo fantaseaba lo hermoso que estaría todo ello bien solitario y bien callado, la música rompía en estruendosos acordes y la gente de Thomar afluíá poblando el recinto del claustro, guarneciendo los balaustres del segundo cuerpo, y por último, coronando el remate de la cornisa del tejado;—concurrencia, en su mayor parte, compuesta de señoras vestidas con arreglo al último figurín, de traje claro y atrevido sombrero de plumas, y revelando en el regocijo de los semblantes, en la persistencia de la sonrisa, en el fulgor de los ojos, clarísimos indicios de la satisfacción que les causaba presenciar cómo almorzaban á su talante los congresistas de la prensa.

“De esto no se vé en Francia”, indicó Claretie.—Dos horas debió de durar el almuerzo, entre servicio, discursos, hurras y brindis; y las damas firmes en el balaustre ó colgadas del tejado, bajo un sol de justicia, sin mostrar cansancio, sin hartarse de aquel espiritual goce—¡la prensa extranjera, los embajadores del mundo civilizado, comiendo y bebiendo allí, en Thomar!—No de otra suerte alguna castellana, reclusa en su torreón, acogería al peregrino venido de Antioquía ó Damasco, con noticias frescas de las Cruzadas...

Avergonzando á las flores arrojadas en la calle al paso del Congreso, andaban por allí cuatro lindas criaturas, de hasta quince años, se-

ñoritas de familia principal, vestidas con el traje pintoresco de las riberanas del Miño: pañuelo de vivos colorines atado atrás en la cabeza, plegada y repulgada camisa de lienzo, justillo de terciopelo negro, saya roja amapola con múltiples bordados de carácter oriental, escarcela recamada de canutillo, arracadas y patena de filigrana de oro, y cautivo el pie en calada media y en curvo chapín de tafílete que decoran ramos de hilo de plata. El gran instinto artístico del pueblo, el buen gusto depurado de la tradición, se lucen en este traje, algo semejante al de las campesinas gallegas, pero todavía más gayo, más luminoso y rico.

Aquellas niñas sí que eran dignas de asomarse á la fantástica *janella*. Si yo supiese *apuntar*, conservaría, en el eterno álbum de las viajeras británicas, tan graciosa aparición, y trataría igualmente de recordar á los *campinos* ó *vaqueiros* de la *tourada* de Infante, que por la mañana, al paso del tren, vimos manejando toros bravos como quien maneja y guía corderitos, y ejecutando á caballo las gallardas evoluciones de los jinetes árabes, sin más defensa contra el toro que la lengua pértiga y la maestría increíble con que rigen sus vivas jacas. Todo ello—ruinas, *janellas*, riberanas y *vaqueiros*—es sin duda merecedor de que arrostremos calores, fatigas y el polvo del Sahara, que se arremolina en los caminos de Portugal; pero he aquí que apresuradamente nos arrancan del templo y del claustro, nos dejan á media miel de contemplación de las soberbias

estatuas góticas policromadas y de los cuadros del fabuloso *Gran Vasco*, y todo para llevarnos á ver... una manufactura de tejidos de algodón, menos importante que las de Barcelona.—Y yo le digo al artista que se subleva dentro de mi alma: "Los recuerdos y la belleza pura son patrimonio de pocos... Se necesitan *ahora* muchas fábricas, mucha actividad, mucho trabajo, mucha vida moderna... A saludar á esas máquinas; tienen razón.."

CASTILLA

I

FONDAS Y POSADAS

El que reside en Madrid; el que tiene ya formado su círculo, organizada su casa, acomodado su vivir, lo pasa bastante bien en la *ciudad de la muerte*, y olvida la insuficiencia de la higiene, la deficiencia de los servicios públicos, lo mezquino y atrasado de la capital en infinidad de aspectos y relaciones; pero sobre el forastero pesan como plomo esas deficiencias y ese atraso, y tiene que abrumarle el estado primitivo de las fondas y posadas.

Si algún día se verifica el advenimiento de la razón y del sentido común en esto de las fondas, la afición á los viajes aumentará un cincuenta por ciento, y como es natural, saldrán gananciosos los fondistas futuros. Entiendo yo por advenimiento de la razón una reforma y cambio total en el mobiliario, alimentación y servicio de las fondas, y aquí no censuro á España únicamente, sino á todos los países del mundo.